

# **ROMANCIERO GITANO**

**Federico García Lorca**

**InfoLibros.org**



## SINOPSIS DE ROMANCERO GITANO

Romancero gitano es una obra poética de 1928 escrita por el autor español Federico García Lorca. El autor intentó fusionar la poesía con la narrativa en la obra, sin descuidar la calidad del texto. Por tanto, Romance gitano incluye diálogos, descripciones y finales inconclusos en medio de la poesía.

La obra aborda dos temas principales: el mundo de los gitanos y el pueblo de Andalucía. Ambos son tratados por el poeta de manera mítica y metafórica, con sinestesias, personificaciones y comparaciones que le permiten dotar su poesía de simbolismo. Si buscas un retrato de la cultura gitana, este libro es para ti.

Romancero gitano por Federico García Lorca en [InfoLibros.org](http://InfoLibros.org)

**Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:**

- [+3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org](#)

## ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

La luna vino a la fragua con su polisón de nardos. El niño la mira  
mira.

El niño la está mirando. En el aire conmovido mueve la luna sus  
brazos y enseña, lúbrica y pura, sus senos de duro estaño.

-Huye, luna, luna, luna.

Si vinieran los gitanos,  
harían con tu corazón  
collares y anillos blancos.

-Niño, déjame que baile.

Cuando vengan los gitanos,  
te encontrarán sobre el yunque  
con los ojillos cerrados.

-Huye, luna, luna, luna,  
que ya siento sus caballos.

-Niño, déjame; no pises  
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba

tocando el tambor del llano. Dentro de la fragua el niño tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,  
bronce y sueño, los gitanos.  
Las cabezas levantadas  
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,  
¡ay, cómo canta en el árbol!  
Por el cielo va la luna  
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran, dando gritos, los gitanos. El aire la vela,  
vela.

El aire la está velando.

## PRECIOSA Y EL AIRE

A Dámaso Alonso

Su luna de pergamino

Preciosa tocando viene

por un anfibio sendero

de cristales y laureles. El silencio sin estrellas, huyendo del  
sonsonete,

cae donde el mar bate y canta

su noche llena de peces. En los picos de la sierra los carabineros  
duermen

guardando las blancas torres

donde viven los ingleses. Y los gitanos del agua levantan por  
distraerse glorieta de caracolas

y ramas de pino verde.

Su luna de pergamino Preciosa tocando viene. Al verla se ha  
levantado

el viento que nunca duerme.

San Cristobalón desnudo, lleno de lenguas celestes, mira a la niña  
tocando una dulce gaita ausente.

-Niña, deja que levante

tu vestido para verte.

Abre en mis dedos antiguos

la rosa azul de tu vientre.

Preciosa tira el panadero y corre sin detenerse.

El viento-hombrón la persigue con una espada caliente.

Frunce su rumor el mar. Los olivos palidecen.

Cantan las flautas de umbría y el liso gong de nieve.

¡Preciosa, corre, Preciosa, que te coge el viento verde!

¡Preciosa, corre, Preciosa!

¡Miralo por dónde viene!

Sátiro de estrellas bajas

con sus lenguas relucientes.

Preciosa, llena de miedo, entra en la casa que tiene, mas arriba de los pinos,  
el consul de los ingleses.

Asustados por los gritos tres carabineros vienen, sus negras capas ceñidas y los gorros en las sienas.

El inglés da a la gitana un vaso de tibia leche,  
y una copa de ginebra que Preciosa no se bebe.

Y mientras cuenta, llorando, su aventura a aquella gente, en las tejas de pizarra  
el viento furioso muerde.



## REYERTA

A Rafael Méndez

En la mitad del barranco las navajas de Albacete,  
bellas de sangre contraria, relucen como los peces. Una dura luz  
de naipe  
recorta en el agrio verde caballos enfurecidos  
y perfiles de jinetes. En la copa de un olivo lloran dos viejas  
mujeres. El toro de la reyerta  
se sube por las paredes. Ángeles negros traían pañuelos y agua de  
nieve. Ángeles con grandes alas de navajas de Albacete.

Juan Antonio el de Montilla

rueda muerto la pendiente,  
su cuerpo lleno de lirios  
y una granada en las sienes. Ahora monta cruz de fuego,  
carreta de la muerte.

El juez, con guardia civil, por los olivares viene. Sangre resbalada  
gime muda canción de serpiente.

-Señores guardias civiles;

aquí pasó lo de siempre.

Han muerto cuatro romanos

y cinco cartagineses.

La tarde loca de higueras y de rumores calientes

cae desmayada en los muslos heridos de los jinetes.

Y ángeles negros volaban por el aire del poniente. Ángeles de  
largas trenzas y corazones de aceite.

## ROMANCE SONÁMBULO

A Gloria Giner y a Fernando de los Ríos

Verde que te quiero verde.

Verde viento. Verde ramas.

El barco sobre la mar

y el caballo en la motaña. Con la sombra en la cintura ella sueña  
en su baranda, verde carne, pelo verde,

con ojos de fría plata. Verde que te quiero verde. Bajo la luna  
gitana,

las cosas la están mirando

y ella no puede mirarlas.

Verde que te quiero verde. Grandes estrellas de escarcha vienen  
con el pez de sombra que abre el camino del alba. La higuera frota  
su viento

con la lija de sus ramas,

y el monte, gato garduño, eriza sus pitas agrias.

Pero ¿quién vendrá? ¿y por donde?

Ella sigue en su baranda, verde carne, pelo verde, soñando en la mar amarga.

-Compadre, quiero cambiar mi caballo por su casa.

mi montura por su espejo, mi cuchillo por su manta. Compadre, vengo sangrando, desde los puertos de Cabra.

-Si yo pudiera, mocito,

ese trato se cerraba.

Pero yo ya no soy yo,

ni mi casa es ya mi casa.

-Compadre, quiero morir

decentemente en mi cama.

De acero, si puede ser,

con las sábanas de holanda.

¿No ves la herida que tengo

desde el pecho a la garganta?

-Trescientas rosas morenas lleva tu pechera blanca.

Tu sangre rezuma y huele alrededor de tu faja.

Pero yo ya no soy yo,

ni mi casa es ya mi casa.

-Dejadme subir al menos hacia las altas barandas.

¡dejadme subir!, dejadme, hasta las verdes barandas. Barandales  
de la luna

por donde retumba el agua

Ya suben los dos compadres Hacia las altas barandas. Dejando un  
rastros de sangre. Dejando un rastro de lágrimas. Temblaban en los  
tejadillos farolillos de hojalata.

Mil panderos de cristal

herían la madrugada.

Verde que te quiero verde, verde viento, verdes ramas.

Los dos compadres subieron. El largo viento dejaba

en la boca un raro gusto

de hiel, de menta y de albahaca. ¡Compadre! ¿Dónde

está, dime,

dónde está tu niña amarga?

¡Cuántas veces te esperó!

¡Cuántas veces te esperara

cara fresca, negro pelo,

en esta verde baranda!

Sobre el rostro del aljibe se mecía la gitana

verde carne, pelo verde, con ojos de fría plata. Un carámbano de  
luna

la sostiene sobre el agua. La noche se puso íntima como una  
pequeña plaza. Guardias civiles borrachos en la puerta golpeaban.

Verde que te quiero verde.

Verde viento. Verdes ramas.

El barco sobre la mar.

y el caballo en la montaña.

## LA MONJA GITANA

A José Moreno Villa Silencio de cal y mirto. Malvas en las hierbas finas. La monja borda alhelíes sobre una tela pajiza.

Vuelan en la araña gris siete pájaros del prisma. La iglesia gruñe a lo lejos

como un oso panza arriba.

¡Qué bien borda! ¡Con qué gracia!

Sobre la tela pajiza ella quisiera bordar flores de su fantasía.

¡Qué girasol! ¡Qué magnolia

de lentejuelas y cintas!

¡Qué azafranes y qué lunas

en el mantel de la misa! Cinco toronjas se endulzan en la cercana cocina.

Las cinco llagas de Cristo

cortadas en Almería

Por los ojos de la monja galopan dos caballistas. Un rumor último y sordo le despega la camisa,

y al mirar nubes y montes  
en las yertas lejanías,  
se quiebra su corazón  
de azúcar y yerbaluisa.  
¡Oh, qué llanura empinada  
con veinte soles arriba!  
¡Qué ríos puestos de pie  
vislumbra su fantasía! Pero sigue con sus flores, mientras que de  
pie, en la brisa, la luz juega el ajedrez  
alto de la celosía.



## LA CASADA INFIEL

A Lydia Cabrera y a su negrita

Y que yo me la llevé al río

creyendo que era muzuela,

pero tenía marido.

Fue la noche de Santiago y casi por compromiso. Se apagaron los faroles

y se encendieron los grillos.

En las últimas esquinas

toqué sus pechos dormidos,

y se me abrieron de pronto como ramos de jacintos.

El almidón de su enagua me sonaba en el oído

como una pieza de seda rasgada por diez cuchillos. Sin luz de plata en sus copas los árboles han crecido,

y un horizonte de perros ladra muy lejos del río

Pasada las zarzamoras los juncos y los espinos, bajo su mata de pelo

hice un hoyo sobre el limo. Yo me quité la corbata. Ella se quitó el  
vestido

Yo el cinturón con revólver.

Ella sus cuatro corpiños.

Ni nardos ni caracolas tienen el cutis tan fino, ni los cristales con  
luna relumbran con ese brillo.

Sus muslos se me escapaban

como peces sorprendidos,

la mitad llenos de lumbre,

la mitad llenos de frío. Aquella noche corrí

el mejor de los caminos, montado en potra de nácar

sin bridas y sin estribos.

No quiero decir, por hombre,

las cosas que ella me dijo. La luz de entendimiento

me hace ser muy comedido.

Sucia de besos y arena,

yo me la llevé del río.

Con el aire se batían

las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy. Como un gitano legítimo. La regalé un  
costurero grande, de raso pajizo,

y no quise enamorarme

porque teniendo marido me dijo que era mozueta cuando la  
llevaba al río.

## ROMANCE DE LA PENA NEGRA

A José Navarro Pardo

Las piquetas de los gallos

cavan buscando la aurora, cuando por el monte oscuro

baja Soledad Montoya. Cobre amarillo su carne, huele a caballo y a sombra.

Yunques ahumados sus pechos,

gimen canciones redondas.

-Soledad, ¿por quién preguntas sin compañía ya estas horas?

-Pregunte por quien pregunte, dime: ¿a ti qué se te importa?

Vengo a buscar lo que busco, mi alegría y mi persona.

-Soledad de mis pesares, caballo que se desboca

al fin encuentra la mar y se lo tragan las olas.

-No me recuerdes el mar, que la pena negra brota

en las tierras de aceituna bajo el rumor de las hojas.

-¡Soledad, qué pena tienes!

¡Qué pena tan lastimosa!

Lloras zumo de limón

agrio de espera y de boca.

-¡Qué pena tan grande! Corro mi casa como una loca,  
mis dos trenzas por el suelo, de la cocina a la alcoba.

¡Qué pena! Me estoy poniendo de azabache carne y ropa.

¡Ay, mis camisas de hilo!

¡Ay, mis muslos de amapola!

-Soledad, lava tu cuerpo con agua de las alondras, y deja tu  
corazón

en paz, Soledad Montoya.

Por abajo canta el río: volante de cielo y hojas. Con flores de  
calabaza

la nueva luz se corona.

¡Oh pena de los gitanos!

Pena limpia y siempre sola.

¡Oh pena de cauce oculto

y madrugada remota!

## SAN MIGUEL (GRANADA)

A Diego Buigas de Dalmau

Se ven desde las barandas,

por el monte, monte, monte,

mulos y sombras de mulos cargados de girasoles.

Sus ojos en las umbrías

se empañan de inmensa noche.

En los recodos del aire cruje la aurora salobre.

Un cielo de mulos blancos cierra sus ojos de azogue dando a la  
quieta penumbra un final de corazones,

y el agua se pone fría

para que nadie la toque. Agua loca y descubierta,

por el monte, monte, monte.

San Miguel, lleno de encajes en la alcoba de su torre,

enseña sus bellos muslos ceñidos por los faroles. Arcángel  
domesticado

en el gesto de las doce,  
finge una cólera dulce  
de plumas y ruiseñores.

San Miguel canta en los vidrios;  
efebo de tres mil noches,  
fragante de agua colonia y lejano de las flores.

El mar baila por la playa un poema de balcones. Las orillas de la  
luna  
pierden juncos, ganan voces. Vienen manolas co-  
miendo semillas de girasoles,  
los culos grandes y ocultos como planetas de cobre. Vienen altos  
caballeros  
y damas de triste porte, morenas por la nostalgia  
de un ayer de ruiseñores. Y el obispo de Manila,  
ciego de azafrán y pobre, dice misa con dos filos para mujeres y  
hombres.

San Miguel se queda quieto en la alcoba de su torre

con las enaguas cuajadas  
de espejitos y entredoses.

San Miguel, rey de los globos y de los números nones,  
en el primor berberisco de gritos y miradores.



## SAN RAFAEL (CORDOBA)

A Juan Izquierdo Croselles Coches cerrados llegaban  
a las orillas de juncos donde las ondas alisan romano  
torso desnudo.

Coches que el Guadalquivir

tiende en su cristal maduro, entre láminas de flores

y resonancias de nublos. Los niños tejen y cantan el desengaño del  
mundo, cerca de los viejos coches perdidos en el nocturno. Pero  
Córdoba no tiembla bajo el misterio confuso, pues si la sombra  
levanta la arquitectura del humo, un pie de mármol afirma su  
casto fulgor enjuto. Pétalos de lata débil recaman los grises puros  
de la brisa, desplegada sobre los arcos de triunfo.

Y mientras el puente sopla

diez rumores de Neptuno,

vendedores de tabaco huyen por el roto muro.

Un solo pez en el agua

que a las dos Córdobas junta:

blanca Córdoba de juncos.

Córdoba de arquitectura. Niños de cara impasible en la orilla se desnudan, aprendices de Tobías

y Merlines de cintura,

para fastidiar al pez en irónica pregunta

si quiere flores de vino o saltos de media luna.

Pero el pez, que dora el agua y los mármoles enluta,

les da lección y equilibrio de solitaria columna.

El Arcángel aljamiado de lentejuelas oscuras, en el mitin de las ondas buscaba rumor y cuna.

Un solo pez en el agua.

Dos Córdoba de hermosura.

Córdoba quebrada en chorros.

Celeste Córdoba enjuta.

## SAN GABRIEL (SEVILLA)

A don Agustín Viñuales

I

Un bello niño de junco, anchos hombros, fino talle, piel de nocturna  
manzana, boca triste y ojos grandes, nervio de plata caliente,  
ronda la desierta calle.

Sus zapatos de charol  
rompen las dalias del aire  
con los dos ritmos que cantan  
breves lutos celestiales.

En la ribera del mar  
no hay palma que se le iguale, ni emperador coronado,  
ni lucero caminante. Cuando la cabeza inclina  
sobre su pecho de jaspe, la noche busca llanuras  
porque quiere arrodillarse. Las guitarras suenan solas para San  
Gabriel Arcángel, domador de palomillas  
y enemigo de los sauces.

-San Gabriel: el niño llora en el vientre de su madre. No olvides que los gitanos te regalaron el traje.

II Anunciación de los Reyes,

bien lunada y mal vestida, abre la puerta al lucero  
que por la calle venía.

El Arcángel San Gabriel,  
entre azucena y sonrisa, bisnieto de la Giralda,  
se acercaba de visita. En su chaleco bordado  
grillos ocultos palpitan. Las estrellas de la noche  
se volvieron campanillas.

-San Gabriel: Aquí me tienes con tres clavos de alegría.

Tu fulgor abre jazmines sobre mi cara encendida.

-Dios te salve, Anunciación. Morena de maravilla. Tendrás un niño  
más bello que los tallos de la brisa.

-¡Ay, San Gabriel de mis ojos!

¡Gabrielillo de mi vida!

Para sentarte yo sueño

un sillón de clavellinas.

-Dios te salve, Anunciación, bien lunada y mal vestida. Tu niño  
tendrá en el pecho un lunar y tres heridas.

-¡Ay, San Gabriel que reluces!

¡Gabrielillo de mi vida!

En el fondo de mis pechos

ya nace la leche tibia.

-Dios te salve, Anunciación. Madre de cien dinastías.

Aridos lucen tus ojos, paisajes de caballista.

El niño canta en el seno

de Anunciación sorprendida.

Tres balas de almendra verde tiemblan en su vocecita.

Ya San Gabriel en el aire por una escala. subía.

Las estrellas de la noche

se volvieron siemprevivas.

# PRENDIMIENTO DE ANTOÑITO EL CAMBORIO EN EL CAMINO A SEVILLA

A Margarita Xirgu

Antonio Torres Heredia,

Hijo y nieto de Camborios,

con una vara de mimbre

va a Sevilla a ver los toros.

Moreno de verde luna, anda despacio y garboso. Sus  
empayonados bucles le brillan entre los ojos.

A la mitad del camino

cortó limones redondos, y los fue tirando al agua hasta que la  
puso de oro. Y a la mitad del camino,

bajo las ramas de un olmo, guardia civil caminera

lo llevó codo con codo.

El día se va despacio,

la jarde colgada a un hombro,

dando una larga torera

sobre el mar y los arroyos.

Las aceitunas aguardan la noche de Capricornio,  
y una corta brisa, ecuestre, salta los montes de plomo.  
Antonio Torres Heredia, hijo y nieto de Camborios,  
viene sin vara de mimbre entre los cinco tricornos.

-Antonio, ¿quién eres tú? Si te llamaras Camborio, hubieras hecho  
una fuente

de sangre con cinco chorros.

Ni tú eres hijo de nadie,

ni legítimo Camborio.

¡Se acabaron los gitanos

que iban por el monte solos!

Están los viejos cuchillos

tiritando bajo el polvo.

A las nueve de la noche lo llevan al calabozo, mientras los guardias  
civiles beben limonada todos.

Ya las nueve de la noche

le cierran el calabozo,  
mientras el cielo reluce  
como la grupa de un potro.



## MUERTE DE ANTOÑITO EL CAMBORIO

A José Antonio Rubio Sacristán

Voces de muerte sonaron

cerca del Guadalquivir . Voces antiguas que cercan voz de clavel  
varonil.

Les clavó sobre las botas

mordiscos de jabalí.

En la lucha daba saltos

jabonados de delfín.

Bañó con sangre enemiga

su corbata carmesí,

pero eran cuatro puñales

y tuvo que sucumbir.

Cuando las estrellas clavan

rejones al agua gris, cuando los erales sueñan verónicas de alhelí,

voces de muerte sonaron

cerca del Guadalquivir

-Antonio Torres Heredia, Camborio de dura crín, moreno de verde  
luna,

voz de clavel varonil:

¿Quién te ha quitado la vida cerca del Guadalquivir?

-Mis cuatro primos Heredias, hijos de Benamejí.

Lo que en otros no envidiaban, ya lo envidiaban en mí. Zapatos  
color corinto, medallones de marfil,

y este cutis amasado con aceituna y jazmín.

-¡Ay, Antoñito el Camborio, digno de una Emperatriz! Acuérdate de  
la Virgen porque te vas a morir .

-¡Ay, Federico García,

llama a la Guardia Civil!

Ya mi talle se ha quebrado como caña de maíz.

Tres golpes de sangre tuvo y se murió de perfil.

Viva moneda que nunca se volverá a repetir.

Un ángel marchoso pone su cabeza en un cojín. Otros de rubor  
cansados encendieron un candil.

Y cuando los cuatros primos llegan a Benamejí,  
voces de muerte cesaron cerca del Guadalquivir.

## MUERTE DE AMOR

A Margarita Manso

¿Oué es aquello que reluce

por los altos corredores?

-Cierra la puerta, hijó mío:

acaban de dar las once.

-En mis ojos, sin querer, relumbran cuatro faroles.

-Será que la gente aquella estará fregando el cobre.

Ajo de agónica plata

la luna menguante, pone

cabelleras amarillas

a las amarillas torres.

La noche llama temblando

al cristal de los balcones,

perseguida por los mil

perros que no la conocen, y un olor de vino y ámbar viene de los  
corredores.

Brisas de caña mojada

y rumor de viejas voces

resonaban por el arco

roto de la medianoche.

Bueyes y rosas dormían. Sólo por los corredores

las cuatro luces clamaban con el furor de San Jorge.

Tristes mujeres del valle bajaban su sangre de hombre, tranquila

de flor cortada

y amarga de muslo joven.

Viejas mujeres del río

lloraban al pie del monte

un minuto intransitable de cabelleras y nombres. Fachadas de cal

ponían cuadrada y blanca la noche. Serafines y gitanos

tocaban acordeones.

-Madre, cuando yo me muera

que se enteren los señores.

Pon telegramas azules

que vayan del Sur al Norte.

Siete gritos, siete sangres,

siete adormideras dobles,

quebraron opacas lunas en los oscuros salones.

Lleno de manos cortadas y coronitas de flores,

el mar de los juramentos

resonaba, no sé dónde.

Y el cielo daba portazos

al brusco rumor del bosque, mientras clamaban las luces en los

altos corredores.

## ROMANCE DEL EMPLAZADO

Para Emilio Aladrén

¡Mi soledad sin descanso!

Ojos chicos de mi cuerpo y grandes de mi caballo, no se cierran por la noche ni miran al otro lado, donde se aleja tranquilo un sueño de trece barcos. Sino que, limpios y duros escuderos desvelados,

mis ojos miran un norte de metales y peñascos,

donde mi cuerpo sin venas consulta naipes helados.

Los densos bueyes del agua embisten a los muchachos que se bañan en las lunas de sus cuernos ondulados. Y los martillos cantaban

sobre los yunques sonámbulos

el insomnio del jinete

y el insomnio del caballo.

El veinticinco de junio le dijeron a el Amargo:

-Ya puedes cortar, si gustas,

las adelfas de tu patio.

Pinta una cruz en la puerta

y pon tu nombre debajo, porque cicutas y ortigas nacerán en tu costado

y agujas de cal mojada

te morderán los zapatos. Será de noche, en lo oscuro,

por los montes imantados, donde los bueyes del agua beben los juncos soñando. Pide luces y campanas. Aprende a cruzar las manos y gusta los aires fríos

de metales y peñascos.

Porque dentro de dos meses

yacerás amortajado.

Espadón de nebulosa mueve en el aire Santiago. Grave silencio, de espalda, manaba el cielo combado.

El veinticinco de junio abrió sus ojos Amargo,

y el veinticinco de agosto se tendió para cerrarlos. Hombres bajaban la calle para ver al emplazado, que fijaba sobre el muro su soledad con descanso.



Y la sábana impecable, de duro acento romano, daba equilibrio a la muerte con las rectas de sus paños.

# ROMANCE DE LA GUARDIA CIVIL ESPAÑOLA

A Juan Guerrero

Cónsul general de la Poesía

Los caballos negros son.

Las herraduras son negras.

Sobre las capas relucen

manchas de tinta y de cera. Tienen, por eso no lloran, de plomo las calaveras.

Con el alma de charol

vienen por la carretera. Jorobados y nocturnos,

por donde animan ordenan silencios de goma oscura

y miedos de fina arena. Pasan, si quieren pasar,

y ocultan en la cabeza una vaga astronomía

de pistolas inconcretas.

¡Oh ciudad de los gitanos! En las esquinas, banderas. La luna y la calabaza

con las guindas en conserva.

¡Oh ciudad de los gitanos!

¿Quién te vio y no te recuerda? Ciudad de dolor y almizcle,  
con las torres de canela.

Cuando llegaba la noche, noche que noche nochera, los gitanos en  
sus fraguas forjaban soles y flechas. Un caballo malherido  
llamaba a todas las puertas.

Gallos de vidrio cantaban  
por Jerez de la Frontera.

El viento vuelve desnudo la esquina de la sorpresa,  
en la noche platinoche, noche que noche nochera.

La Virgen y San José perdieron sus castañuelas, y buscan a los  
gitanos  
para ver si las encuentran.

La Virgen viene vestida  
con un traje de alcaldesa,  
de papel de chocolate

con los collares de almendras.

San José mueve los brazos

bajo una capa de seda.

Detrás va Pedro Domecq con tres sultanes de Persia. La media luna soñaba

un éxtasis de cigüeña.

Estandartes y faroles invaden las azoteas.

Por los espejos sollozan bailarinas sin caderas.

Agua y sombra, sombra y agua por Jerez de la Frontera.

¡Oh, ciudad de los gitanos! En las esquinas, banderas. Apaga tus verdes luces

que viene la benemérita.

¡Oh ciudad de los gitanos!

¿Quién te vio y no te recuerda?

Dejadla lejos del mar,

sin peines para sus crenchas.

Avanzan de dos en fondo a la ciudad de la fiesta.

Un rumor de siemprevivas invade las cartucheras. Avanzan de dos en fondo. Doble nocturno de tela.

El cielo se les antoja  
una vitrina de espuelas.

La ciudad, libre de miedo, multiplicaba sus puertas. Cuarenta  
guardias civiles  
entran a saco por ellas. Los relojes se pararon,  
y el coñac de las botellas se disfrazó de noviembre para no  
infundir sospechas.

Un vuelo de gritos largos se levantó en las veletas. Los sables  
cortan las brisas que los cascos atropellan. Por las calles de  
penumbra huyen las gitanas viejas  
con los caballos dormidos  
y las orzas de monedas.  
Por las calles empinadas  
suben las capas siniestras, dejando detrás fugaces remolinos de  
tijeras.

En el portal de Belén  
los gitanos se congregan.

San José, lleno de heridas,  
amortaja a una doncella.

Tercos fusiles agudos  
por toda la noche suenan.

La Virgen cura a los niños con salivilla de estrella. Pero la Guardia  
Civil

avanza sembrando hogueras,  
donde joven y desnuda

la imaginación se quema. Rosa la de los Camborois gime sentada  
en su puerta con sus dos pechos cortados puestos en una  
bandeja.

Y otras muchachas corrían  
perseguidas por sus trenzas.

en un aire donde estallan

rosas de pólvora negra. Cuando todos los tejados eran surcos en la  
tierra,

el alba meció sus hombros  
en largo perfil de piedra.

¡Oh, ciudad de los gitanos! La Guardia Civil se aleja por un túnel de silencio

mientras las llamas te cercan.

¡Oh, ciudad de los gitanos!

¿Quiénte vio y no te recuerda?

Que te busquen en mi frente.

Juego de luna y arena.

# TRES ROMANCES HISTÓRICOS MARTIRIO D E SANTA OLALLA

A Rafael Martinez Nadal

I

## PANORAMA DE MÉRIDA

Por la calle brinca y corre caballo de larga cola, mientras juegan o  
dormitan viejos soldados de Roma. Medio monte de Minervas abre  
sus brazos sin hojas. Agua en vilo redoraba

las aristas de las rocas. Noche de torsos yacentes

y estrellas de nariz rota aguarda grietas del alba para  
derrumbarse toda.

De cuando en cuando sonaban

blasfemias de cresta roja.

Al gemir, la santa niña quiebra el cristal de las copas. La rueda  
afila cuchillos

y garfios de aguda comba.

Brama el toro de los yunques, y Mérida se corona

de nardos casi despiertos y tallos de zarzamora



## II

### EL MARTIRIO

Flora desnuda se sube por escalerillas de agua. El Cónsul pide bandeja para los senos de Olalla.

Un chorro de venas verdes le brota de la garganta.

Su sexo tiembla enredado como un pájaro en las zarzas. Por el suelo, ya sin norma, brincan sus manos cortadas

que aún pueden cruzarse en tenue

oración decapitada. Por los rojos agujeros donde sus pechos estaban se ven cielos diminutos

y arroyos de leche blanca. Mil arbolillos de sangre

le cubren toda la espalda

y oponen húmedos troncos

al bisturí de las llamas. Centuriones amarillos

de carne gris, desvelada, llegan al cielo sonando

sus armaduras de plata.

Y mientras vibra confusa

pasión de crines y espadas,

el Cónsul porta en bandeja

senos ahumados de Olalla.

III

## INFIERNO Y GLORIA

Nieve ondulada reposa. Olalla pende del árbol. Su desnudo de carbón tizna los aires helados. Noche tirante reluce.

Olalla muerta en el árbol.

Tinteros de las ciudades vuelcan la tinta despacio. Negros maniquíes de sastre cubren la nieve del campo en largas filas que gimen

su silencio mutilado.

Nieve partida comienza

Olalla blanca en el árbol.

Escuadras de níquel juntan los picos en su costado.

Una custodia reluce

sobre los cielos quemados, entre gargantas de arroyo

y ruisseños en ramos.

¡Saltan vidrios de colores! Olalla blanca en lo blanco. Angeles y serafines

Dicen: Santo, Santo, Santo.

BURLA DE DON PEDRO A CABALLO  
ROMANCE CON LAGUNAS

A Jean Cassau Por una vereda venía don Pedro.

¡Ay cómo lloraba el caballero! Montado en un ágil caballo sin freno,  
venía en la busca

del pan y del beso. Todas las ventanas preguntan al viento por el  
llanto oscuro del caballero.

## PRIMERA LAGUNA

Bajo el agua

siguen las palabras.

Sobre el agua

una luna redonda se baña,

dando envidia a la otra

¡tan alta!

En la orilla, un niño

ve las lunas y dice:

-¡Noche, toca los platillos!

## SIGUE

A una ciudad lejana ha llegado don Pedro. Una ciudad de oro

entre un bosque de cedros.

¿Es Belén? Por el aire yerbaluisa y romero.

Brillan las azoteas

y las nubes. Don Pedro pasa por arcos rotos. Dos mujeres y un  
viejo con velones de plata

le salen al encuentro. Los chopos dicen: No.

Y el ruiseñor: Veremos.

## **SEGUNDA LAGUNA**

Bajo el agua

siguen las palabras.

Sobre el peinado del agua

un círculo de pájaros y llamas.

Y por los cañaverales,

testigos que conocen lo que falta.

Sueño concreto y sin norte de madera de guitarra.

## **SIGUE**

Por el camino llano

dos mujeres y un viejo con velones de plata van al cementerio.

Entre los azafranes

han encontrado muerto

el sombrío caballo de don Pedro.

Voz secreta de tarde balada por el cielo.

Unicornio de ausencia rompe en cristal su cuerno. La gran ciudad  
lejana

está ardiendo,

y un hombre va llorando tierras adentro.

Al Norte hay una estrella. Al Sur un marinero.

## ÚLTIMA LAGUNA

Bajo el agua

están las palabras.

Limo de voces perdidas.

Sobre la flor enfriada está don Pedro olvidado

¡ay! jugando con las ramas.

## THAMAR Y AMNÓN

Para Alfonso García-Valdecasas

La luna gira en el cielo

sobre las tierras sin agua mientras el verano siembra rumores de tigre y llama. Por encima de los techos nervios de metal sonaban.

Aire rizado venía

con los balidos de lana.

La tierra se ofrece llena

de heridas cicatrizadas,

o estremecida de agudos

cauterios de luces blancas.

Thamar estaba soñando pájaros en su garganta,

al son de panderos fríos y cítaras enlunadas.

Su desnudo en el alero,

agudo norte de palma,



pide copos a su vientre

y granizo a sus espaldas. Tamar estaba cantando desnuda por la terraza. Alrededor de sus pies, cinco palomas heladas.

Amnón delgado y concreto,

en la torre la miraba,

llenas las ingles de espuma

y oscilaciones la barba. Su desnudo iluminado se tendía en la terraza

con un rumor entre dientes

de flecha recién clavada. Amnón estaba mirando la luna redonda y baja.

y vio en la luna los pechos

durísimos de su hermana.

Amnón a las tres y media se tendió sobre la cama. Toda la alcoba sufría

con sus ojos llenos de alas.

La luz. muciza. Sepulta

pueblos en la arena parda, o descubre transitorio coral de rusas y dalías. Linfa de pozo oprimida

brota silencio en las jarras. En el musgo de los troncos la cobra  
tendida canta. Amnón gime por la tela fresquísima de la cama.

Yedra del escalofrío

cubre su carne quemada.

Thamar entró silenciosa

en la alcoba silenciada, color de vena y Danubio, turbia de huellas  
lejanas.

-Thamar, bórrame los ojos

con tu fija madrugada. Mis hilos de sangre tejen

volantes sobre tu falda.

-Déjame tranquila. hermano. Son tus besos en mi espalda avispas  
y vientecillos

en doble enjambre de flautas.

-Thamar, en tus pechos altos hay dos peces que me llaman, y en  
las yemas de tus dedos rumor de rosa encerrada.

Los cien caballos del rey en el patio relinchaban. Sol en cubos  
resistía

la delgadez de la parra. Ya la coge del cabello, ya la camisa le  
rasga. Corales tibios dibujan arroyos en rubio mapa.

¡Oh, qué gritos se sentían por encima de las casas! Qué espesuras de puñales y túnicas desgarradas.

Por las escaleras tristes esclavos suben y bajan Émbolos y muslos juegan bajo las nubes paradas. Alrededor de Thamur gritan vírgenes gitanas

y otras recogen las gotas

de su flor martirizada.

Paños blancos enrojecen

en las alcobas cerradas. Rumores de tibia aurora pámpanos y pcces cambian. Violador enfurecido

Amnón huye con su jaca. Negros le dirigen flechas en los muros y atalayas.

Y cuando los cuatro cascós

eran cuatro resonancias, David con unas tijeras cortó las cuerdas del arpa.

FIN DE “ROMANCERO GITANO”

**InfoLibros.org**

